



Parque en San José

Recuerdos de
24 de

mo cosmogónico, en el dolor póstumo de la Naturaleza, es el epílogo del Calvario.

El dios que anuncia en los trópicos la buena nueva, ve llegar hacia él a los emblemas vivos de los Evangelistas: un toro, un león y un águila. Y el Evangelio de la Libertad tiene su águila, su león y su toro. El dios discurre, así, acompañado por sus tres héroes máximos; porque Páez es el toro, Córdoba es el león, Sucre es el águila. Y como para que el ángel del otro evangelista no le falte, dios lleva siempre sentada en la grupa de su caballo a una mujer, que es la encarnación del Amor.

El toro engendrado ha sido por la plenitud de los llanos; el león, por la cólera de una catarata; el águila, por la serenidad de las cumbres. Como al toro no le es dable el salto ni el vuelo, aunque sí la irresistible embestida, es el Señor exclusivo de la tierra en que nace. El león salta desde el Tequendama a dar un zarpazo en Ayacucho. El águila se desprende de sus cumbres venezolanas; y después de aletear en el cráter del Pichincha, va a posarse en el Condorcunca con un vuelo que pasa por sobre la pampa de Junín. El toro en el lanzón de un asta pasea ensartada una estrella; el león sacude en su melena un relámpago eterno; el águila empuña entre sus garras, en vez de rayo, una espada flamígera.

Y como en el árbol de la vida no se

mueve una hoja sin la voluntad del Amor, la mujer desempeña cerca de Bolívar el papel del ángel en el Evangelio de la Libertad.

Alrededor del nuevo dios gira toda nuestra Naturaleza. Sus pies llegan hasta México y la proyección de su cabeza, esto es, su pensamiento, hasta el Plata. Las Antillas son eslabones sueltos de la cadena de su vida. Le son familiares el Atlántico y el Pacífico; cobra en Panamá una figura de Capitán de Navío que se pasea sobre el puente del mundo. El Orinoco le ve partir y el Amazonas le siente llegar. Parece que su mano de dios arrastrara desde los llanos de Venezuela una túnica y la tendiera en Junín, para ganar sobre ella una victoria.

Suya la maravilla del agua que es el Tequendama; suya la maravilla del fuego que es el Chimborazo: hasta el borde mismo de la catarata, salta sobre un peñón... y sonrío; hasta donde nadie llegó a subir en el volcán, pone su pie... y delira.

Los Andes se rebajan como amestrados para dejarlo con facilidad cabalgar sobre ellos. Las selvas le esconden a los ojos del enemigo o se abren ante su marcha triunfal. Los vientos parecen obedecerle; los ríos, seguirle; las estrellas escucharle. Es el nuevo dios que ha aparecido en los trópicos de América; y la Naturaleza se hace voluntariamente su esclava.

Los personajes de esta Epopeya no pueden ser humanos. Uno se llama Orinoco, y es un jinete armado con un látigo de cincuenta ramales. Otro se llama Tequendama, y es un guerrero que está dando el alerta en un cla-

